



## TESTIMONIO

---

### TEOFILO PEREZ REY: «EL PODER NO ESTA ACOSTUMBRADO A SER DEMOCRATICO»

---

Hablar con Teófilo Pérez Rey es acercarse a las muchas décadas de una vida forjada en la lucha de base por una sociedad nueva. Su garganta aventa una voz sosegada y amacerada por los años que no ha perdido vitalidad para denunciar el desorden de la sociedad capitalista. Discípulo de Guillermo Roviroso, ex presidente de HOAC y ex vicepresidente del Movimiento Mundial de Trabajadores Cristianos, Teófilo Pérez hace hincapié en la necesidad de avivar los rescoldos de la utopía comunitaria, del apoyo mutuo y de una sociedad solidaria en la que no quepa la opresión de los más débiles.

---

Por Emilio Andreu

—¿Le sobra a Europa la Revolución?

—Hay que considerar desde qué momento contemplamos a Europa. ¿Desde la integración de la CEE? ¿Desde la aparición de la peres-

troika, es decir, lo que muchos consideran un fracaso de la política y la economía socialista? Yo creo que se está produciendo una cierta revolución. Lo que desconocemos es su alcance, no podemos determinar cuál es su punto preciso de cambio. Eu-



ropa está en la zona de estas transformaciones, España también. Desde ahí, a los ciudadanos de este país les puede parecer que el cambio esencial ya se ha producido. No cabe duda de que la sociedad española es una sociedad integrada y que no entiende de la necesidad de una revolución en Europa.

—Entonces, ¿Revolución o evolución progresista?

—Cuando se habla de Revolución casi siempre tenemos en nuestro subconsciente si lo que deseamos decir es cambio radical, violento y contundente. La fuerte aceleración histórica que vivimos hoy en día nos lleva a pensar que la llamada evolución puede convertirse en una verdadera revolución aunque no sea traumática. En estos años están cambiando las relaciones de trabajo sobre las que, en definitiva, se apoya toda una organización de la vida; desde la formación profesional hasta las formas de nuclearización familiar. Las nuevas tecnologías están determinando estos aspectos que señalo.

—Esta supuesta revolución que usted estima, de alguna manera, ¿no oculta una aceptación de la socialdemocracia que nos gobierna?

—Nos movemos por referencia a otras experiencias. Desde aquí vemos un movimiento pendular. De la socialdemocracia de algunos países nos encontramos en un reformismo reaganiano o tacheriano. De esto se acusa al Gobierno español, de haber tomado el péndulo cuando entraba en la fase reformista; esto nos aleja de la socialdemocracia.

—¿A qué obedecen estas trayectorias pendulares?

—Sin la menor duda, a la lógica del capitalismo guiada por el afán de lucro. Volviendo a su pregunta anterior, mientras hay quien cree que la socialdemocracia ha muerto, yo ni siquiera considero que haya nacido.

—A tenor de su respuesta parece desear ese natalicio...

—De las formas de gobierno dentro del capitalismo parece que sí es la más deseable. Lo que cabría preguntarse es si es deseable el capitalismo. Pero ahí nos cruzamos con otro movimiento pendular. La experiencia socialista soviética aparece como insuficiente para desarrollar la economía en sí o formas de vida comunitaria más avanzadas.

—En España, no obstante, el PSOE se ha reclamado de la práctica socialdemócrata. Con este partido, ¿han cambiado en algo los mecanismos del Poder?

—Desde la oposición se acusa al PSOE de prepotencia, de usar el «rodillo», de promesas incumplidas... A mí me preocupa que no se hayan desarrollado al máximo las comunidades autónomas y que tampoco exista una verdadera autonomía municipal con lo que esto supone de acercamiento real al poder de los ciudadanos. En nuestro país, el ejercicio democrático del Poder lleva sólo 12 años de vida, el Poder no está acostumbrado, por tanto, a ser democrático pero tampoco lo están los ciudadanos. Con ello no trato de exculpar al Poder ni de inculpar a la sociedad en general pero es un dato que se debe tener en cuenta. Los ciudadanos precisamos crear mecanismos para controlar que el ejercicio del Poder resida en la so-



ciudad misma porque el Poder conlleva, normalmente, ansias de permanencia.

—A la luz de esta experiencia, ¿socialdemocracia o democracia social?

—Cualquiera de los que nos declaramos anticapitalistas estamos convencidos de que tienen que existir otras formas de gobierno que pasen por estructuras políticas de democracia real en las que el tejido social pueda operar. En definitiva, formas que conduzcan a otras maneras de vivir, a otra cultura, formas más comunitarias y solidarias. La existencia de una democracia real, de alguna manera, exige, primero, saberla configurar. Lo difícil es adecuar una democracia social sin quebrar la democracia formal, porque en la democracia social debiera darse una participación real de las organizaciones sociales de modo permanente, constante y con verdadera autonomía.

—Pero no abundan estas organizaciones que vertebran la sociedad del modo que usted indica.

—Efectivamente no hay una sociedad muy vertebrada, incluso lo que a este respecto está, de alguna manera, recogido en la Constitución de 1978 tampoco está desarrollado. Avanzar, vertebrar la sociedad no es sólo asumir mayores competencias administrativas por los entes políticos locales y autonómicos. Vertebrar la sociedad implica crear, tener, mantener y fortalecer una red social, una serie de organizaciones sociales vivas, asociativas donde el ser comunitarios y solidarios se pueda desarrollar de una manera constante.

—Esto supondría una distribución del Poder desconocida hasta ahora.

—Así es. Una sociedad vertebrada es más viva pero al Poder no le gusta que otros lo compartan. El Poder —ya lo he dicho antes— suele querer mantenerse en exclusiva y no creo que tenga mucha prisa por crear esos vínculos participativos. Esta es una labor de los ciudadanos desde la libertad de asociación que recogen las Constituciones. Lo que puede pedirse del Poder es que no dificulte esto, es más, que lo fomente.

—A lo mejor usted pide algo imposible. Lo que vemos es que se pondera la democracia política en detrimento de la democracia real.

—En el proceso democrático español esto parece algo lógico. No podemos soslayar el cómo aparece en este país la democracia y los obstáculos que debe sortear para consolidarse. De ahí el acento que aún se pone en el fortalecimiento, al menos, de la democracia formal. El peligro que esto entraña está en olvidar que ésta —por descontado, sin ella es imposible cualquier otro tipo de democracia— no es la democracia real que supone niveles de igualdad en lo económico también.

—¿Qué características tiene esta democracia económica?

—Difícilmente puede existir democracia económica si no es a partir de unos ciudadanos propietarios, es decir, cuando éstos tengan asegurada su propiedad y el destino del fruto de su trabajo.

—¿Esto no lo pide el liberalismo también?

—En absoluto. Esta corriente político-económica en sus formas tradicionales conduce, precisamente, a lo contrario de la democracia económica. El liberalismo pide al Es-



tado juego para desarrollar las libertades económicas pero con un afán de lucro. Esta es la gran diferencia con lo que yo he apuntado. De suyo, el liberalismo es la negación de los demás.

—*¿Ha muerto la utopía?*

—A mi juicio se ha fortalecido. La utopía comunitaria se ha mantenido por quienes no eran felices, los pobres y oprimidos, aparte de algunos hombres de pensamiento que no han renegado de su aporte a la transformación del mundo. Es cierto que tanto unos como otros son minoría en las sociedades avanzadas. Pero no por ello la utopía ha dejado de ser necesaria, y soy consciente que sin ella perderíamos el rumbo de la Historia. Sin hacernos ilusiones, debemos trabajar para que las gentes asuman los valores que posibilitarán el cambio radical. Este es el papel de la verdadera izquierda desde siempre: mantener viva la utopía aunque hoy ella no esté en tantas cabezas y corazones como hace años.

—*La utopía exige un hombre nuevo.*

—Todas las grandes revoluciones han pretendido crear el hombre nuevo y la nueva sociedad. Ha sido una constante de los cristianos, de los marxistas, de las doctrinas libertarias, del socialismo utópico. Lo que sucede es que en nuestro sistema se va creando el hombre nuevo porque se crea la circunstancia nueva. El esfuerzo de la izquierda se debe centrar en mantener la utopía por el hombre nuevo que no es otro distinto al hombre con unos valores

éticos referidos siempre a la solidaridad humana.

—*Usted habla de la izquierda. En la tesitura de una crisis de pensamiento, sin referentes ideológicos, ¿no está la izquierda corriendo en el vacío?*

—En parte sí. Primero, queda muy poca izquierda. Entendámonos. Muchos de los partidos llamados de izquierda, creo yo, han dejado de serlo para convertirse en aparatos de una determinada política encaminada a participar en la carrera de situación de los países del mundo desarrollado. Juegan, por tanto no en el campo que la izquierda hubiera podido proporcionar sino en el terreno que la evolución del capitalismo ha ido generando. Segundo, una parte de la izquierda existente ha perdido el rumbo que le señalaba el faro iluminador que para ella era el mundo socialista.

—*¿Y la izquierda revolucionaria?*

—De esa, la izquierda que quiere cambiar radicalmente la sociedad para construir otra más igualitaria, más comunitaria y solidaria, como fuerza visible queda poca. Ahora, como hace veinte años, sólo son expresión de una izquierda nueva y muy esperanzadora.

—*¿Es posible salir del sistema por la izquierda?*

—A medio plazo, es poco probable que el capitalismo sea superado por la izquierda aunque esto sea deseable. Nuestros ciudadanos tendrán que elegir por mucho tiempo entre seguir en la carrera de los fuertes o mantenerse al margen de ella.